

MANUEL FERNANDEZ GALIANO (*)

Las raíces clásicas de Andalucía (**)

Las raíces clásicas de Andalucía. Raíz, entrañable término vegetal a que acude el hombre metafóricamente cuando quiere enraizarse, arraigarse en su entorno geográfico e histórico, en su tierra y sus mayores. Somos humanas plantas que morirán sin remedio si se desarraigan, si dejan de recibir la savia jugosa que da calor y sentido a nuestras vidas. La raíz es el elemento básico del árbol, lo que le da fortaleza inquebrantable: el tronco y las ramas, el necesario contrapunto de sabia flexibilidad. El hombre es, debe ser eso, contrapunto armónico de resistencias y tensiones. También esto lo sabían los griegos, como casi todo. En la escena cumbre de la *Antígona* sofoclea, cuando el padre y el hijo se enfrentan cada cual con su parte de razón, Hemón pide a Creonte un poco de indispensable moderación humana, casi diríamos humanística. El árbol que se inclina de momento ante la furia del torrente es el que se salva; el que se obstina en no ceder, el que todo lo espera del recio fundamento, el de temperamento radical, termina arrancado de cuajo, erradicado, con las raíces al aire. Y la estirpe sin continuidad, extirpada, no es ya una comunidad unida por ideales e intereses, sino un montón de vástagos sueltos que el viento terminará por dispersar.

Habéis traído aquí, andaluces, a un andaluz poco arquetípico, otro producto de un lamentable desarraigo, a hablaros de vuestras, de nuestras raíces. Estamos con ello muy en la línea del mundo de hoy. Cuanto más oscuro vemos el futuro, más nostálgica y amorosamente nos volvemos al pasado a

(*) Catedrático de Lengua y Literatura griega. Universidad Complutense.

(**) Esta redacción no es exactamente la misma con que la ponencia fue leída en las Jornadas, sino que he aprovechado en ella algo de lo mucho que allí aprendí, especialmente en las intervenciones de los señores Cuenca Toribio, Domínguez Ortiz, Gallego Morell, Gómez Crespo y Peñalver.

través de ese complicado ramaje del árbol genealógico que se ha llamado siempre raigambre.

Término que no me gusta mucho, porque en lustros pasados se ha abusado de él. Recuerdo una película española no muy buena, creo que de los años cuarenta, en que un moderno pícaro quería, si no me equivoco, vender un caduco castillo o cosa parecida pregonando que aquello tenía raigambre. Digno correlato de la palabrería oficialista de entonces, que, embebida en el sueño imperial, veía raigambre hispánica en todas partes. Una raigambre que no solía pasar de los Reyes Católicos.

Aquí iremos mucho más atrás. Somos un pueblo enamorado de nuestra tierra, que jamás la dejaría si la inclemencia social y económica no pusiera tantas veces al aire sus raigones lanzándole a la forzada y penosa movilidad de quien no tiene bienes raíces. Busquémonos, pues, en lo mejor de nosotros mismos, en nuestra historia.

Pero remontándonos hasta la mismas brumas del génesis. Os voy a hablar, según el título de esta charla, de raíces clásicas. El adjetivo no acaba de gustarme en este contexto. El latín *classicus*, sobre el que tanto se ha escrito, debía de designar o a los escritores que solamente las gentes de la clase alta, monopolizadora del alfabetismo, podían conocer o a aquellos que solían leerse en las clases o a los que tenían verdadera clase, es decir, pertenecían a la primera categoría de la clasificación literaria. El mundo medieval empezó a maravillarse ante los clásicos por excelencia y terminó por llamar clásica a la admirable civilización grecolatina que en ellos se reflejaba. Y, si la palabra resulta cómoda en esta ocasión, es porque ahora no nos interesa solamente lo grecolatino en sentido estricto: hay también, cómo no, un clasicismo semítico, bien representando en Andalucía por una brillante veta que empalma con Al-Andalus y Sefarad en vuestros geniales cordobeses Averroes y Maimónides, a quienes luego habré de citar.

Y al lado de esto, un poco por debajo, el clasicismo acendramente hispánico que ya esperaba a pie firme en estas fértiles campiñas a los primeros visitantes para fundirse con ellos y perfumar de andalucismo sus culturas.

Recibir visitas, ése ha sido siempre nuestro destino. Atraer, con la benignidad del clima, la feracidad del país y la cortesanía del trato, los más variados huéspedes no siempre deseables.

Y casi siempre, obsérvese, en la misma dirección. Parece, no soy el primero en advertirlo, como si el hombre, en una especie de ancestral cumplimiento del principio de acción y reacción, se hubiera obstinado, desde los mismos comienzos de la Historia, en oponer sus migraciones al giro de la

tierra en búsqueda tenaz del misterioso lugar de Occidente en que los mares se tragan el carro solar. Los Indoeuropeos, en un misterioso momento de la protohistoria, se expanden con lo que casi podríamos llamar una explosión y marchan hacia el océano desde las llanuras nórdicas en que no conocían ninguna mayor extensión de agua que el Ladoga o el Balatón. Algunos, es cierto, se dirigen hacia Persia y la India, pero Celtas, Italos y Germanos toman nuestra dirección desde un principio como lo harán luego los Griegos en las colonizaciones micénica y del período geométrico y como pudo haber hecho Alejandro si la muerte no le hubiera llegado tan pronto. Después serán los Romanos quienes acudan a Hispania; mucho más tarde, los Españoles y Portugueses seguirán viaje hacia América, que ya a su vez había tomado siglos antes el rumbo occidental por la ruta de la Kon-tiki; la historia de las invasiones medievales y renacentistas —“bárbaros”, Hunos, Mongoles, Turcos— es bien conocida; las actuales amenazas oriental para Occidente y asiática para la propia Europa oriental son evidentes, etc. No hay, claro está, regla sin excepción, y fácil le sería a cualquiera de mis oyentes argumentarme con los empujes hacia el Este del mismo Alejandro, la propia Roma, Inglaterra y Rusia en sus respectivas colonizaciones asiáticas, los Estados Unidos poniendo sus peones en el Viejo Mundo, etc. Quizá, con todo, estas empresas hayan resultado menos llamativas y a veces más efímeras que la perenne busca de los países del ocaso.

Esta incesante apetencia de Occidente se combina a lo largo de la Historia —y muchos de los ejemplos que he citado bastan para atestiguarlo— con una fuerte tendencia a alcanzar el Sur que es denominador a lo largo de los tiempos y frente a lo que otra vez constituye una excepción poco menos que aislada la sensacional arremetida de los Arabes hasta Poitiers. Pero en la mayoría de estos casos el móvil es claramente climatológico y, consecuentemente, agrícola. Faltan horas de sol invernal, temperaturas moderadas, terrenos cultivables con menor esfuerzo; sobran montañas rocosas, altitudes poco propicias a ciertas especies vegetales; y el hombre del Norte, especialmente en la Protohistoria y la Antigüedad, pone sus miras en el Mediodía que podrá darle, por ejemplo, los tres benditos manjares que son el vino, el aceite y el pan de trigo.

Aunque la vid silvestre, *Vitis silvestris*, era ya conocida desde la Prehistoria en Europa central y el Sur de Rusia, los mismos nombres del vino nos indican que éste constituía una autentica rareza en la mayor parte de los pueblos indoeuropeos. La lengua griega ofrece una clara dualidad al respecto: el término más antiguo para dicha bebida es *méthy*, aplicado en otras lenguas de la misma familia a la miel y al flojo brebaje fermentado, hidromiel, que de ella se obtiene, mientras que *oínos*, pariente del latín *uinum* y de denominaciones no indoeuropeas como las de los idiomas árabe y hebreo, resulta

palabra claramente exótica. Evidentemente, al ponerse en contacto las tribus emigrantes con los collados más abrigados y más bajos de las regiones mediterráneas, de las cercanías del Mar Negro y del S. de Cáucaso en que se cultivaba la más dulce y remuneradora *Vitis vitifera*, o bien llamaron a su producto como antes a lo más parecido a él, que era el hidromiel, o bien aceptaron el vocablo que por aquellos lugares no indoeuropeos o marginalmente indoeuropeos corría. Después surgió, al parecer, una vez más la traslación hacia Occidente si es que, como nos cuentan, Hispania y la Galia recibieron la vid de sus primeros visitantes indoeuropeos o indoeuropeizados; el caso es que en nuestro país, y más concretamente en Andalucía, la viticultura se desarrolló con verdadero éxito. Dígalo si no el gaditano Columela, consumado expositor, en la época de Séneca, de esta rama de la agricultura. Apuntaré de paso un pormenor no sé si muy conocido por algunos de quienes me oyen.

En un pasaje de nuestro escritor (III 3,3), éste se dirige a Publio Silvino, su amigo, a quien van dedicados los *Rei rusticae libri*, con la expresión topónimica *in nostris Ceretanis*; y un poco más adelante (III 9,6) leemos que el propio Columela ha realizado injertos en un viñedo suyo a partir de una *praecoque uile, quam in Ceretano tuo possides, un tipo de cepa precoz que posees en tu finca ceretana*. Los renacentistas pensaron lógicamente en un viñedo hispánico y propusieron *Cerretanis* y *Cerretano*, con alusión al país de los Cerretanos, en la Tarraconense, esto es, la Cerdeña actual, cuyos jamones bien curados alaba Marcial (XIII 54). Luego, por estimarse que el clima demasiado frío de la Cerdeña no se presta a la viticultura, se corrigió en *Caeretanis* y *Caeretano* y se pensó en la etrusca *Caere*, cerca de la actual Cervetri; pero, como ningún clásico más habla de vinos de esta región, Antonio Tovar, en un artículo publicado hace cinco años, surgió agudamente que lo que aquí tenemos podría ser el *Ceret* de las monedas indígenas, esto es, nada menos que Jerez de la Frontera. Marcial habla en VI 73 de una estatua de Priapo tallada por Hílaro, riquísimo cultivador *Caeretani... agri*, y en XIII 124 de un vecino suyo llamado Nepote que sirve vinos de la misma procedencia: ahora bien, si enmendamos estos dos pasajes escribiendo *e* en vez de *ae*, llegaríamos a la naturalísima y patrótica conclusión de que Columela y luego Marcial se están refiriendo a riquísimos mostos de sus y nuestras tierras natales.

¡El aceite! ¿Qué decir del aceite y, más concretamente, del aceite de oliva, divina delicia tan ausente hoy de nuestras mesas, fruto sacro de Palas ante el que se maravillan los dioses (VI 82) en las *Metamorfosis* ovidianas? El aceite sólo merecería ya una ponencia de esta grata reunión, pero yo no soy la persona más adecuada para el tema. Preferible resultaría alguno de mis queridos amigos con los que organizamos en Madrid y en diciembre de 1978 el coloquio internacional sobre la producción y comercio olearios en la Antigüedad. La fecha conmemoraba el centenario del primer artículo en que

Heinrich Dressel comunicó su descubrimiento de que el *mons Testaceus*, actual Testaccio, pequeña colina de unos treinta metros sita al 50. del foro, cerca de la *porta Ostiensis*, no es otra cosa que un inmenso montón de restos de las ánforas no retornables, como ahora se dice, en que el aceite de importación llegaba a Roma. Y no sólo aceite, sino también, por ejemplo, el *garum*, esa apetitosa salazón de pescado que tanto se produjo en la antigua Andalucía y cuya autoridad máxima es Michel Ponsich, uno de los promotores, con mi entrañable José María Blázquez, del citado coloquio. Pero sobre todo aceite: unos cuarenta millones de ánforas, unos dos mil millones de litros a lo largo especialmente de los siglos I y II. Y todo ello, como atestiguan perfectamente las estampillas y otros signos de las ánforas mismas, procedente de Hispania. No es extraño que mi maestro de antaño D. Elías Tormo, en su fundamental libro sobre los monumentos españoles de Roma, incluyera en lugar preferente el Testaccio. Cuyos fondos, por cierto, son complementados por los materiales procedentes de las muchas naves (se conocen setenta y ocho, pero los siniestros se habrán contado por centenares) que naufragaban en la navegación costera hacia Ostia o Puteoli: también nuestros colegas franceses vinieron a Madrid a hablar de pecios tan importantes como los de Port-Vendres o el hallado en Fos-sur-Mer en año tan reciente como el propio 1978.

No soy economista ni sociólogo y me veo, por tanto, incapacitado para opinar sobre los definitivos resultados que haya podido producir para Andalucía el monocultivo o laticultivo del árbol de Atenea: no sé tampoco si tiene ya hoy validez o no la bella, pero un poco triste estampa del ensayo interesantísimo escrito por Luis Díez del Corral en 1955, la campiña andaluza como un mar de olivos majestuoso y solitario, sin apenas humo de hogares ni frescas arboledas ni vuelo de palomas domésticas ni viejas capillas medievales al borde de la senda tortuosa, con las carreteras rectas como rutas náuticas y los grandes pueblos a modo de archipiélago polinésico recortado sobre el pacífico océano de olivos y trigales. Yo me he puesto, simplemente, a hojear el material del coloquio, preparado ya para pronta impresión, y he pasado un buen rato aprendiendo o recordando que también *elaia* y *oliuum* son palabras no indoeuropeas que tuvieron que aprenderse los inmigrantes hartos de indigestas y quizá rancias mantecas animales; o que ya desde las civilizaciones micénica y minoica —otra vez las jarras y grandes tinajas de los depósitos palaciales— se apreciaba extraordinariamente el aceite en todos sus variados usos: perfumes variadísimos, unguentos salutíferos o higiénicos, combustible iluminatorio, utilización culinaria en aliños o frituras, sin olvidar el delicioso manjar que es la buena aceituna, de la que apunta Marcial como un mérito (XIII 36) el ser tan apetecible al principio como al final de los banquetes.

En el coloquio pudimos oír una jugosa aportación de Sebastián Mariner, andaluz honorario, sobre lo que podríamos llamar las *laudes oliui* desde los más remotos testimonios. Virgilio, a cuyo milenario habríamos de sumarnos ahora con un respetuoso saludo, escribe en las *Geórgicas* (II 420-425):

*No requiere cuidados, en cambio, el olivo: tan pronto
como arraiga en el campo y soporta el empuje del viento,
afrontar la hoz recorva no debe ni el duro rastrillo.
La tierra ella misma, al abrirla la azada ganchuda
y la reja, humedad proporciona y ubérrimos frutos
del olivo, pingüe árbol que siempre a la Paz satisface.*

En el último verso tenemos una alusión al empleo de las hojas del olivo en simbólicas y pacíficas coronas: en los primeros, la observación, causa primaria de muchos problemas en épocas sucesivas, de que las labores y, por tanto, la mano de obra requerida por este cultivo son de poca monta. Entre estos papeles del coloquio leo también que el rendimiento del olivar en la Antigüedad era inferior, sí, al de la vid, pero superior al de los prados y bosques, tan faltos siempre de agua por nuestras latitudes. Algo parecido dice Columela (V 8), añadiendo el dato importante de que la fortaleza de este árbol hace que pueda sobrevivir incluso a largos descuidos provocados quizá por el absentismo del rico propietario.

Estrabón (III 2,6) nos comunica que de Turdetania se importan trigo, mucho vino y aceite, y éste además en cantidad y de calidad extraordinarias. La Bética probablemente era superada en producción de vino por la Tarraconesa y en la de trigo por el África; pero en lo oleario no teníamos rival. Pronto espero que puedan ustedes disfrutar de las actas de nuestro coloquio y también de sus mapas, verdadero deleite cartográfico y auténtica radiografía económico-social de nuestro país, con el Betis como vivificadora aorta del tráfico y, en una u otra orilla del mismo, los grandes o pequeños puertos, algunos de ellos hoy en seco por las variaciones del cauce, en que iban cargándose las ricas ánforas como rumbo a Italia: nuestra Córdoba desde luego, en la cabecera del río navegable, y Almodóvar y Palma, adonde bajaría por el Genil la producción no menos importante de Ecija, y Lora, desaguadero del aceite de Constantina, y Guadajoz, Tocina y Brenes hasta la ría de Híspalis. Con dos importantes centros distribuidores a ambos lados del río: la alta Carmona al sur y al norte la fuerte Munigua. Es curioso, y terminemos ya este largo excursus, que los datos del Tastaccio se centren de modo tan exclusivo en las dos márgenes de nuestro padre río. ¿Irían hasta Roma en odres de cuero, no en ánforas de barro, los aceites, por ejemplo, de Cádiz o Huelva?

Me he excedido en la mención del olivo y esto me obliga a ser muy parco con el tercer miembro de la llamada "tríada mediterránea", el buen pan del trigo ampliamente producido en la España antigua, como vimos que señala Estrabón. En este aspecto, y tratándose de un cultivo tan antiguo y difundido (ya en las cuevas hispánicas del V milenio se comprueba el aprovechamiento del *Triticum monococcum*), no podía pretenderse —pero nótese que los equivalentes de las dos palabras griegas que designan el pan, *árton* y *sítos*, no están en otras lenguas indoeuropeas y sí al parecer en vasco, mientras que el latín *panis* significa sencillamente algo así como "lo hinchado"— que las gentes nórdicas hayan tenido que asomarse a aprender nada especialmente nuevo sobre el tema en nuestras latitudes: el centeno era casi desconocido en la Antigüedad y las sucesivas generaciones fueron criando variedades del trigo cada vez más resistentes a los climas duros por toda Europa y desde fecha muy temprana. Tal vez nos quepa solamente fantasear considerando improbable que ningún vecino transpirenaico haya sabido jamás elaborar un mánjar tan blanco, esponjoso y sabroso como el pan de Alcalá de Guadaíra que de niño he visto repartir en borriquillo por las calles sevillanas.

En fin, por algo vendrían tantos visitantes. Y el primero, nada menos que el semidiós Heracles o Hércules. Sobre el cual acaba de escribir mi antiguo alumno Sánchez Dragó, en ese incitante *Gárgoris y Habidis* que tanto éxito ha tenido y que yo preferiría llamar *Gárgoris* (o *Gargoris*) y *Habis*, unas páginas entusiastas que lo comparan, como prototipo de héroe popular andante y sufridor, a Fernán González, el Cid o Hernán Cortés y le atribuyen toda clase de virtudes. En esto no coincido con él. Vamos a las fuentes mismas.

Las tres aventuras occidentales de Heracles son las últimas del ciclo según la ordenación de los mitógrafos. Sobre ellas se ha escrito y se ha imaginado muchísimo. Es evidente que nuestras regiones han sido relacionadas de siempre con el melancólico fenómeno de la caída del sol en el mar, que no puede dejarnos de recordar el no menos inevitable declive del hombre hacia la muerte. Una interpretación poco verosímil del mito de Safo y Faón vería en aquélla al lucero de la tarde ahogándose en el Océano en desesperada y amorosa persecución del astro solar. *El Edipo rey* de Sófocles nos presenta a los muertos de la peste volando raudos por los aires como fúnebres pájaros hacia las costas del dios occidental. Dijérase, y vuelvo al tema de mis primeros párrafos, que el hombre es concebido, a lo largo de la historia mítica de la humanidad, como un peregrino que marcha desde el brillante orto de su niñez y juventud al oscuro ocaso de sus años últimos. Recuérdese cómo

Odiseo deja atrás su Itaca natal y acude a estas partes de la tierra en busca de su mágica Calipso o de la clave de la vida; y es, por cierto, lástima grande que no sea andaluz ese delicioso héroe pensativo del pequeño bronce menorquín.

No resulta, pues, extraño que se haya buscado por aquí —pero— también en puntos más orientales, como el cabo Ténaro, la pónica Heraclea o la isla de Léucade— la entrada al país de los muertos, la Piedra Blanca por donde entra mansamente el exangüe rebaño de los pretendientes de Penélope, conducidos por el Hermes necropompo, en el canto XXIV de la *Odisea*. Es, por tanto, natural que por estas longitudes haya sido situada la hazaña del secuestro del can Cérbero.

Más interesante, sin embargo, nos resultan los otros dos trabajos de Heracles relacionados con Hispania. Uno de ellos, bien conocido, es la conquista de los frutos de oro de las Hespérides, que habían sido regalo de la diosa Tierra a Hera y que ésta mantenía en un jardín custodiado por un dragón y por dichas diosas occidentales, hijas de Atlante. El cual está condenado a sostener el mundo sobre sus ingentes espaldas la identificación evemerista con una montaña, quizás el también occidental Atlas de Marruecos, era fácilmente previsible —como castigo por haber participado en la Gigantomaquia; ellas se llaman, con variantes según los mitógrafos, Egle —algo así como la brillante—, Eritea —poco más o menos la roja, anótese ya desde ahora este teónimo— y Hesperetusa, con el nombre del occidente o véspero en la primera parte del compuesto.

Las implicaciones de este curioso mito son infinitas. En cuanto a su localización, la *Teogonía* de Hesíodo (215, 274, 518) sitúa el fantástico lugar *más allá del inclito Océano o en los límites de la tierra*; pero desde hace trece años tenemos un dato más de valor inapreciable. Se trata de un fragmento del papiro de Oxirrincos 2617, del que volveré en seguida a hablar en relación con la fábula de Garioneo, Geriones o Gerión. En él nos dice Estesícoro que llegaron (no sabemos quiénes) *a través de las olas del mar profundo a la isla hermosísima de los dioses donde las Hespérides tienen su palacio de oro*. Como el resto del paizo trata de la aventura gerionea, vemos aquí que la tierra del gigante triforme es la misma que la de las hijas de Atlante o estaba cercana a ella. El pormenor áureo nos introduce ya en el mundo mágico de los metales preciosos con que Andalucía y sus contornos solían ser relacionados; y también tiene importancia el tratarse de un territorio insular.

Esto nos recuerda la antigua tradición paradisiaca de la isla o las islas de

los Bienaventurados. En la *Odisea* (IV 563-569) se promete al paciente Menelao que a su muerte irá a la llanura Elisia, en los límites de la tierra, a un lugar delicioso en que no hay nunca nieve ni grandes lluvias y en que sopla siempre el céfiro, la refrescante brisa atlántica. En los líricos, como dice humorísticamente West, el exclusivo "club" de los héroes privilegiados como Menelao se va ampliando: Peleo, Cadmo, Aquiles, Medea, Diomedes... En *Los trabajos* de Hesiodo (168-173) parecen ser ya muchos seres heroicos los establecidos en las islas de los Bienaventurados, junto al Océano, en los límites de la tierra, en un país tan fértil, que les ofrece tres veces al año cosechas del fruto igual que la miel, seguramente y otra vez el trigo. En Píndaro (Q II 61-80) la isla es solamente una, aunque algún comentarista ha querido enmendar la plana al autor introduciendo un plural dórico: hay también auras frescas y muchas flores terrestres y nenúfares, bellas ninfeas quizá como las de Monet. Allí desde luego no hay gran necesidad de trabajar, pero además estos afortunados tienen el sol *en iguales noches y en iguales días siempre*. Frase que se presta a varios sentidos. Tal vez se apunte aquí a un sol perpetuo como el de nuestra liturgia mortuoria, pero más probable es una eterna primavera con la mita proporción de horas de sol durante el año entero. Esta es ya una latitud francamente tropical, inaplicable incluso a las Canarias, firmes candidatas de siempre para la identificación con tal paraíso. En todo caso, resulta explicable que los griegos, anticipándose una vez más a la actual corriente turística, hayan situado en el jardín de las Hespérides nada menos que el viaje de novios de la suprema pareja divina de Zeus y Hera. Recuérdese el aleccionador pasaje de Eurípides (*Hip.* 742-751): la costa de las cantoras Hespérides en que se plantaron los manzanos, de donde los nautas no pueden pasar (ya están aquí las columnas de Hércules a uno y otro lado del estrecho y el *non plus ultra*), donde Atlante sostiene (o, menos probablemente, vigila) el borde del cielo (y el editor Barrett compadece al infortunado héroe, que no sólo ha de sobrellevar tan colosal carga, sino además debe hacerlo en posición excéntrica), donde hay fuentes por las que mana la ambrosía (que en los testimonios antiguos unas veces es manjar sólido y otras líquido) y cuya tierra ostenta nuevamente una bendita fertilidad.

Pero volvemos al mito en su conjunto con sus grandes problemas. Por ejemplo, ¿qué son las manzanas? No es ésta fruta ni muy típica del sur de España ni muy dorada. Los antiguos ya pensaron en el amarillo y rico limón. Marcial, en su epigrama XIII 37, titulado *mala citrea*, dice de unos limones de buena calidad que le han servido:

*Esta fruta en las frondas nació del jardín de Corcira
o en la que el dragón masilo custodiaba,*

esto es, o procede del huerto legendario y feraz de los Feaces o viene del jardín de las Hespérides, pero concebido aquí en Africa si se tiene en cuenta el epíteto adjudicado a la bestia guardiana. Por lo demás, la naranja, delicia de nuestros huéspedes de hoy, queda excluida al haber sido traída muy tarde de Oriente por los Arabes; interpretaciones como las de que estos objetos dorados son las estrellas o las nubes arboladas del ocaso en los días claros, lo que se reflejaría también en los nombres de las Hespérides, parecen un poco fantasiosas; y también, pero en otro sentido, una vieja explicación racionalista según la cual aquí la equivalencia en jónico-ático, pero no en otros dialectos, entre *mélon* "oveja" y *mélon* "fruto" habría enmascarado el primitivo sentido de otro episodio mítico de rapiña entre pastores como el que ahora mismo vamos a ver.

Por lo demás, a todos nos ha impresionado, en el museo de Olimpia, la famosa metopa en que Atlante, con su cara de buena persona, viene cumplidor a traer las manzanas a Heracles. Este está agobiado por la ingente carga del mundo: tras él, incluso ayudándole a soportarlo, está Atenea, su eterna protectora, que parece también haberle puesto un almohadón en el cuello que le amortigüe el gran peso.

Pero este pormenor choca con la versión usual del mito: Heracles recibe un consejo de Prometeo en virtud del cual no podrá coger por propia mano las manzanas; acude, pues, al padre de las Hespérides y le ofrece sostener él la bóveda celeste mientras Atlante se las trae; éste asiente a ello y vuelve con ellas en la mano, según vemos en la metopa, pero con la noticia de que no piensa hacerse cargo otra vez del fardo, sino llevárselas él mismo a Euristeo. Aquí se sitúa un bonito fragmento de un papiro que sólo conocemos desde 1976 y en que hay probablemente un trozo de un drama satírico escrito, es curioso, sin ninguna sigma en un inútil alarde de maestría de un poeta helénístico. Heracles se lamenta atrozmente del engaño y jura venganza: los burlones sátiros se reírían mucho con el sainete. Pero luego el más listo resulta ser el hijo de Alcmena, que pide a Atlante que vuelva a tomar el mundo solamente un momento, mientras él se pone un cojín sobre los hombros. Atlante accede de nuevo dejando las manzanas en el suelo: el final puede suponerse. No tomen ahora demasiado en serio lo que alguien podría afirmar ante el suceso: ya está aquí el andaluz de buena fe dejándose engañar por el de fuera.

Y ahora, la última andanza hespérica de Heracles, el rapto de los bueyes de Gerión, que contiene todos los elementos necesarios para alucinar nuestra fantasía. Y, en primer lugar, estos bueyes que no son tales, sino toros, los

primeros ejemplares de una larga mitología que quizá viene de Creta y sus saltimbanquis y se prolonga en la ganadería y las formas lúdicas de Andalucía, a través de los tiempos, hasta la saga de esos Dioscuros estupendos que fueron el sevillano Pepe-Hillo y el rondeño Pedro Romero. O la epifanía taurina —con Europa a lomos del bicho, una vez más la visitante oriental— que presencian muy abiertos los ojos asombrados del joven Alberti en la playa gaditana:

*¡Jee, compañero, jee, jee!
¡Un toro azul por el agua!
¡Ya apenas si se le ve!*

O los mitos trágicos del sevillano Ignacio Sánchez Mejías y el cordobés Manolete, corneados cruelmente como Adonis, y, en la muerte del primero, con su perfil de medalla al fondo

*—aire de Roma andaluza
le doraba la cabeza—,*

Federico oyendo el mugido fúnebre de los toros de Guisando y viendo a la vaca del viejo mundo —Europa nuevamente— pasar su triste lengua

*sobre un hocico de sangres
derramadas en la arena.*

Pero volvamos a Gerión y a sus toros primigenios, en los que el querido Antonio Blanco Freijeiro, abandonando por una vez su erudita sobriedad nórdica por la imaginación de su hispalense patria adoptiva, identifica como heróicos sementales de esa sufrida raza, también roja o mejor de color chocolate, llamada hoy retinta o gaditana, capaz de hallar sustento en los pastos más inverosímiles de la salada claridad de las marismas.

La sufrida raza. El sufrido pueblo. El sufrido héroe. No, Heracles, no: Gerión. Pues, más allá o más acá de las elucubraciones, por ejemplo, de Burkert, que en el convenio mitológico de Urbino de 1973 consideró la leyenda como un episodio de peregrinación chamánica en busca del sol, Gerión es una persona y hoy más que nunca, desde que aparecieron los extensos fragmentos de la *Gerioneida* de Estesícoro que, muy recientes entonces, señalé a mi amigo Julio Caro.

Lo conservado al respecto en los *Fontes* de Schulten, tan anteriores a es-

te descubrimiento, es mucho menos. Ya en Hesíodo (*Teog.* 280-283), genealogía y fantástica etimología: de Medusa, cuando Perseo la decapitó, brotan el caballo Pégaso, llamado así porque nació junto a las fuentes (*pegai*) del Océano, y el gran Crisaor, el de la espada de oro: ya brilla aquí la leyenda, quizás el espejismo, de la rica Andalucía preñada de metales. Este se unió a Calíroeo, hija de Océano, la de la hermosa corriente, y engendró al tricépite o tricéfalo Gerión, al que mató Heracles (*Teog.* 287-293) en Eritea, la isla roja o del ocaso (recuerden el nombre de la Hespéride), para llegar a cuyos establos, inmersos en la niebla marina, tuvo el héroe que atravesar las aguas oceánicas. Pero Eritea es una tierra no sólo isleña, sino también *perirrytos*: el agua, en vez de azotarla por todas partes, corre en su torno; es decir, se trata de una isla fluvial. Ahora bien, como varios han visto en un dato aprovechado magistralmente por Schulten, la *Ora maritima* de Avieno menciona en su verso 255 la isla de Cartare, rodeada por dos brazos del río Tarteso, esto es, el Betis o Guadalquivir. El nombre debe estar emparentado con el de la Vecina y posterior Carteia y probablemente con otros semíticos como el de la propia Cartago; y en el verso 263 nos habla igualmente Avieno de la *Geron-tis arx*, el castillo de Gerón o Gerión, que hay que suponer sito en el islote o escollo o banco que hoy se llama de Salmedina. Luego volveremos sobre esto.

Ya antes de la aparición del papiro sabíamos que Estesícoro citó una isla Sarpedonia, que sitúa el escoliasta de Apolonio en el mar Atlántico; y que Gerión había nacido en una especie de cueva frente a Eritea, al lado de las fuentes del Tarteso, cuyas raíces son argénteas. Esto supondría un descenso del héroe desde la sierra madre del Guadalquivir, relacionada aquí con yacimientos preciosos, hasta la costa. Y también nos había contado ya el poeta de Hímera la fabulosa historia de cómo Heracles atravesó el Océano, rumbo a Eritea, en la copa que todas las noches traslada al sol dormido desde el anochecer hasta el alba; pero ahora, además de la relación con las Hespérides que ya cité, conocemos una asamblea divina en que Posidón y Atena defienden el primero a su nieto Gerión y la segunda a su favorito Heracles; unos patéticos versos en que, como la Hécabe troyana, Calíroeo desnuda ante su hijo el seno que le amamantó para rogarle por él que no combata; restos de una alocución del héroe, que, en tonos similares a los de otros de la epopeya y la lírica arcaica, razona su decisión de luchar, pues, si él es inmortal, no hay riesgo alguno, pero, si le están destinadas las tristezas de la vida y vejez humanas, preferibles es la muerte a la humillación; y en fin, la triste escena en Heracles mata, casi mejor diríamos asesina, a nuestro desdichado paisano. Primero, de una certera pedrada, hace rodar por tierra su casco; después le atraviesa la cabeza de un flechazo. Grave problema aquí: según el es-

colista de Hesíodo, Estesícoro presentaba ya a Gerión como un monstruo oriental, con alas y dotado de seis manos y seis pies, lo que presupone también, y ello ya en el propio Hesíodo como vimos, tres cabezas. ¿Pasaría, pues, el lírico a explicar cómo iban cayendo las tres ante el valor o la astucia de Heracles? No es seguro; pero lo que sí está claro es la ternura y delicadeza con que nos ofrece el papiro la penosa suerte de Gerión, cuyo cuello herido se inclina como el de una roja amapola de las campiñas béticas cuando llega la hora penosa de la marchitez. Evidentemente, Estesícoro siente simpatías hacia el boyero hispánico; y también, muchos siglos después, mi antiguo compañero y siempre admirado Juan Maluquer, quien le enfoca no como a un monstruo peligroso o violento, sino como a un monarca pacífico, padre, por cierto, de un colonizador de Cerdeña.

Gerión, pues, otro andaluz sacrificado y expoliado. Antecesor, no sabemos en qué forma ni en qué tiempo, de otra no menos apacible dinastía, la de Gárgoris y Habis, cuyos dominios, según Justino, se hallaban en tierras frías (*saltus... Tartessorum... incoluere Curetes*) y no en el estuario, siendo de notar que el nombre del primero, relacionado tal vez con el vasco *garagar* "cebada", podría no andar lejos del latín *granum* y hasta del propio onomástico de Gerión. Esto nos llevaría a una cultura agraria y se nos dice de Gárgoris que fue el inventor de la apicultura, mientras que Habis sería una especie de Triptólemo, descubridor de la labranza con arado y ya no con laya o azadón. El mito desarrollaría una especie de compendio de la historia de la Humanidad, al principio simplemente recolectora y después propiamente agrícola; Habis, además sería un legislador y organizador de pueblos comparable, por ejemplo, a Teseo, y las circunstancias de su nacimiento le relacionarían con la leyenda, cuyo trasfondo resulta claramente freudiano, de grandes caudillos como Sargón, Moisés, Rómulo, Ciro y figuras míticas como Perseo, Edipo o Tiestes: nacimiento no sólo ilícito, sino incestuoso que convierte al hijo en nieto de su padre; exposición frustrada en el monte o el mar, reconocimiento posterior, etc.

Pero ya son tres las veces que en los últimos minutos ha sonado en mis labios el nombre del río Tarteso o del pueblo tartesio: acerquémonos brevemente, en lo más intrincado y misterioso de las raíces de Andalucía, a esta mágica ciudad, nación e imperio.

Al aferrarse mi llorado maestro García y Bellido y sus discípulos a su prurito de transcribir las palabras griegas al margen de la mediación latina, están, por lo que toca a este tema concreto, desperdiciando un bello juego de palabras: el de que el llamado por ellos Kolaíos de Samos, a quien nues-

tras normas designan como Coleo, es, hasta fonéticamente, un predecesor de Colón en la eterna carrera hacia el Oeste de que al principio me ocupé. También él, hacia el 630 ó 620 a J.C., voló divinamente inspirado, dice Heródoto, hacia un opulento Eldorado que prometía riquezas sin fin; también él, como señala certeramente Bellido, tuvo quizá sus Vikingos, navegantes foccos o minorasiáticos en general que habían estado antes por aquí; también él escuchó, recibido por amables indígenas, no ya la variopinta charla de las cacatúas y guacamayos, sino el ronco graznido de las mansas palmípedas de nuestro paraíso marismeño; también él merecería, como apuntaba don Antonio en clase, tener erigidas en nuestras ciudades las estatuas que al gran almirante conmemoran.

La bibliografía al respecto es inmensa y las historias de Tarteso y de los comerciantes griegos son bien conocidas: en el centro de ellas está Argantonio, el rey cuyo nombre lleva ya el de la plata, amado de sus súbditos, pacífico, longevo, hospitalario, favorecedor, en dinero, consejos u ofrecimientos, de sus nuevos amigos los Helenos. No es extraño que el rey y su reino de Tarteso, ya citado al parecer en famosos textos bíblicos sobre las naves de Tarsis, hayan quedado como prototipo de la suma felicidad en autores como Anacreonte, cuyo archifamoso fragmento enumera como dichosos símbolos el cuerno de la cabra Amaltea y el reinar durante ciento cincuenta años como el legendario monarca.

Tarteso, la ciudad sin historia como la llama Maluquer. A través de decenas de libros, de centenares de artículos, de infinidad de excavaciones, nuestro antiguo reino sigue sumido en impenetrables nieblas. Su localización por parte de los eruditos fluctúa sin cesar: Gades, Carteia, Sanlúcar, Asta Regia, los alrededores de Sevilla, Huelva si llegaran a confirmarse las esperanzadoras noticias de hace unas semanas sobre los hallazgos del Cabezo de la Joya; Adolf Schulten, ilusionado buscador de sus ruinas míticas, excavó incansablemente en el coto de Doñana sin encontrar otra cosa que unas ruinas romanas de poca importancia y un mínimo anillo de cobre con una inscripción griega dudosa que para colmo de males se ha perdido. Schulten no pudo ser el Schliemann de la Turdetania; este papel quedaba reservado a Juan de Mata Carriazo, feliz divulgador del sensacional hallazgo de El Carambolo, que tiene también hasta sus historias como las de Troya o Micenas: si al arquitecto no se le hubiera ocurrido, cuando iba en coche hacia el aeropuerto, ordenar que rebajaran un poco la terracilla del Tiro de Pichón, las fabulosas alhajas, que con tanto amor vimos guardar a Conchita Chicarro en su Museo de Sevilla, dormirían aún el sueño de los felices Tartesios. Carriazo tuvo empero la suficiente sensatez para no ampliar el cupo de hipóte-

sis suponiendo un Argantonio rey de los campos de Castilleja o Camas: su tesoro, como el de La Aliseda, como tantos otros, no denota sino una amplia área de expansión, influencia o comercio adonde llegarían durante siglos los bellos objetos, generalmente orientalizantes, de la metrópoli.

Lo cual, a pesar de su riqueza, de la bondad, inteligencia y prestigio de sus reyes, de la cultura de aquel pueblo capaz, como nos dice Estrabón, de escribir poemas y regirse según códigos poéticamente expresados en miles de versos, pereció en la oscuridad. Nada sabemos de su fin: quizá haya que dar la razón al poeta y erudito Rodrigo Caro cuando pensó que a Tarteso se lo ha tragado el mar, lo que por otra parte alimentaría la fantasía de quienes reconocen en ella la Atlántida del *Timeo* platónico. Maluquer pasa revista objetivamente a los posibles aniquiladores de tanta felicidad: no pueden ser ni Gades ni Cartago ni las rudas tribus de Despeñaperros para arriba. Quizá, después de todo, a Tarteso la destruyó, como a Roma, el propio reblandecimiento de su decadencia.

Dejémonos, en fin, de elaborar sobre bases movedizas. Los Griegos se llevaron mucho de Tarteso; por de pronto, según nos cuenta el propio Heródoto, unas 300.000 pesetas oro en un solo viaje; pero nos dejaron algo que vale más que el dinero. Nos dejaron una gran parte de lo que hoy somos.

He rastreado hasta aquí, en la forma todo lo torpe e incompleta que se quiera, las raíces clásicas de Andalucía, esas raíces en que no hay sólo fabulosos oro y plata, sino también indoeuropeidad, esto es, europeidad de la mejor. Sobre ella se irguió potente, se sigue irguiendo a través de los siglos, un vasto y robusto tronco.

Llegaron también los Fenicios y Cartagineses, que, si los vientos de la historia les hubieran sido más propicios, pudieron haber dejado aquí otro humanismo diferente, pero en modo alguno peor en Cádiz, Málaga, Almuñécar, Adra o Carmona.

Llegaron los Griegos: Heracles y Ulises y esos otros vencedores de Troya de quienes se decía que aportaron por aquí en sus regresos; los fundadores de ciudades como la Mainake mal identificado o la Heraclea que luego iba a ser Carteia; los escultores griegos que pudieron haber trabajado o enseñado en la escuela que tan notables monumentos nos ha dado en Porcuna y Baza; Posidonio de Apamea, estudioso de las mareas en Gadir, cuyos rollos de Filosofía estoica quizá iban ya en el equipaje juvenil de Séneca cuando entró en Roma; Asclepiades de Mirlea, narrador de tantos embustes y

maestro de griego en no sabemos que lugar de la Bética; el procónsul Flavio Arriano, en realidad un bitinio, buen cazador y autor de una obra sobre Cínegetica, que, en esa inscripción del ara cordobesa que un molesto orificio no nos ha dejado interpretar aún satisfactoriamente, prefiere ofrecer a Artemis un poema que unos pobres animales sacrificados. Y con ellos, claro está, objetos que en número ínfimo aparecen de vez en cuando, como el precoz fragmento de cerámica geométrica y el casco corintio con que generosamente nos obsequió Huelva. Poca cosa en verdad.

Pero luego, o al mismo tiempo, llegaron los Romanos, y aquí la inmensa oleada desborda todos los cauces de estas mal hilvanadas cuartillas en que ya empiezo a excederme. La provincia Bética, que comprendía prácticamente la Andalucía actual hasta que algo antes de la época de Cristo se le amputó una parte de las actuales de Jaén, Granada y Almería, debía de ser un vergel, un emporio y un portento: diganlo si no las alabanzas de Estrabón (III 2, 4-9) que están ahora cómodamente recogidas en el iluminador capítulo de Manuel Bendala en la *Historia de Andalucía*. Prósperos cultivos fácilmente exportables por los anchos ríos; muchas y grandes naves construídas aquí mismo; salazonerías famosísimas; ganadería floreciente; caza abundante, quizás excesiva por lo que toca al destructor conejo; pesca de un rendimiento y calidad increíbles; y tal cantidad de metales en la entraña del bendito país que, según Posidonio, diríase que es Pluto y no Plutón quien rige Andalucía desde su trono subterráneo.

Esto en lo material; pero, en lo que atañe a la cultura, el propio Estrabón señala (III 2,15) el alto grado de romanización, latinización y probablemente alfabetización de los antiguos Turdetanos. Aquí la boca se nos ha de llenar forzosamente con los nombres no sólo de las dos grandes figuras imperiales, los italicenses Marco Trajano y Publio Elio Hadriano, protector de escritores aquél como Plinio, tal vez autor éste de versos mejores que el citado más a bajo, sino de toda esa conocida cohorte de literatos españoles en que merecen lugar de honor los anónimos poetas cordobeses cuyo acento andaluz, *pingue... arque peregrinum*, chocó a Cicerón (*Pro. Arch.* 26) y de la cual es famosa y parcial enumeración el epigrama I 61 de Marcial, que, después de mencionar a los mejores vates romanos, continúa:

... a ambos Sénecas canta y al Lucano
incomparable la elocuente Córdoba;
la alegre Gades de su Canio goza
y de Deciano Emérita, mi amigo;
y tú y yo la honra y prez, ¡Oh, Liciniano!,
de nuestra natal Bílbilis seremos.

Hemos hallado aquí a los tres grandes inmortales cordobeses que deberían ellos solos haber sido objeto de una ponencia de esta reunión y, con un puñado de poetas de otras comarcas de Hispania, a Canio Rufo el gaditano, epigramatista e íntimo del propio Marcial. Pero tampoco se queda atrás la actual provincia de Cádiz, con su geógrafo Pomponio Mela, de Tingenterra, cercana a las actuales Tarifa o Algeciras, y la brillante serie de paisanos de las *puellae Gaditanae* que fueron sal de la Romanidad: los dos Lucio Cornelio Balbo, tío y sobrino, amigo el primero de César y autor el otro de una tragedia histórica sobre sus luchas con Pompeyo; el exímio tratadista de la Agricultura que fue el ya mencionado Lucio Junio Moderato Columela y su probablemente pariente Moderato de Gades, filósofo pitagórico.

Todo esto pasó, como cualquier actividad del hombre efímero, pero no sin consolidar para siempre el pujante tronco de la futura Andalucía asentado sobre no menos fuertes bases materiales. Y nos dejó además recuerdos queridísimos.

No son muchos, pero constituyen joyas preciadas de nuestro acervo nacional. La seductora cabecita de Munigua, respecto a la cual sería hermosísimo que pudiéramos dar la razón a Grünhagen con su tipificación como Hispania; el misterioso elefante de Carmo y la humilde sortija del águila y la serpiente con que fue enterrada en su necrópolis la joven Prepusa; el guerrero del Louvre, privado no sólo del escudo y lanza, sino de su patria la fenicia Gades, que sólo en la pequeñez de unas gastadas monedas reconoce hoy su famoso templo de Melkart-Heracles-Hércules y cuyo teatro nos dicen ahora que acaba de aparecer en el barrio del Pópulo como el que por los años cincuenta fue descubierto en la Alcazaba de Málaga; los bronceos jurídicos de Urso; en Baelo, el foro y otro teatro y la estatua en que este verano se creyó reconocer al emperador Claudio popularizado por el serial televisivo de Robert Graves; el soberbio Mitra taurófono o torero de Igabrum que tienen ustedes en su Museo; las seis columnas de la calle sevillana del Aire o de los Mármoles, restos de un templo del siglo II, de las que dos, a fines del XVI, como acaba de contar Vicente Lleó en su interesante libro sobre el Renacimiento hispalense, fueron trasladadas con gran esfuerzo a la alameda de Hércules para que sirvieran de magnos pedestales a las estatuas del propio héroe griego, presunto fundador de la ciudad y cuyo nombre decían haberse preservado en el de la puerta de Goles, y Julio César, éste sí erector auténtico de la Colonia Julia Romula.

Castulo, Astigi, Iliberri, la prometidora Onoba, Carteia... Y, sobre todo, Itálica y Córdoba. La primera destaca por la buena conservación de la es-

itectura ciudadana, por los mosaicos, por el anfiteatro, por el teatro apenas intuído, por las impresionantes Venus, Diana y Mercurio de su panteón estatuario.

¿Qué diremos, en cambio, de la hospitalaria Corduba que hoy nos acoge? Capital de la Bética, fundada a mediados del II a. J.C. por Claudio Marcelo, orgullosa constructora del gran templo que hace años visité por primera vez con García y Bellido... En las Actas del Congreso de 1976 y en el libro de Francisca Chaves hay mucho material, que he releído, sobre aspectos aislados de la vida cordobesa antigua: el orfice que, no menos experto que los de la Córdoba de hoy, reparó el anillo de Calpurnio Pisón; los triunfales recibimientos de Metelo y luego de César; pormenores de la estancia cordobesa de éste como su primer ataque de epilepsia y la plantación de aquel plátano célebre que cantó Marcial (IX 45); el espectacular suicidio, presenequiano si así puede decirse, del pompeyano Escápula; y, en años anteriores, las turbulencias de que probablemente los pacíficos ciudadanos de la capital no fueron culpables, ni cuando un amigo de Catilina, no hispánico, quiso matar a Metelo, ni cuando unos italicenses arremetieron contra el odiado Casio Longino, ni cuando dos legiones se sublevaron en suelo cordobés contra él. La ciudad cayó en manos de los hijos de Pompeyo, supo pronto de la victoria cesariano en la cercana Munda, fue reocupada por los ejércitos del vencedor y, en fin, lo debió de pasar muy mal.

Vinieron luego tiempos de paz y prosperidad, seguidos por otros de decadencia e incertidumbre. En el medievo, la Andalucía clásica apenas luce con destellos leves e intermitentes como los de un faro casi olvidado. Verdadero resplandor, aunque turbio y desigual, es el de Isidoro, hispalense y oriundo de Cartagena, última figura del lozano Cristianismo protolispánico, verdadero atesorador de lo poco griego y romano que quedaba para transmitirlo a los venideros; ráfagas potentes son también las que emiten Averroes y Maimónides, salvando a Aristóteles para el tomismo y la Filosofía posterior, canalizando el primero hacia el futuro la casi olvidada fuente médica de Hipócrates y Galeno; chispazos más fugaces, pero meritorios son los del también cordobés Abenmasarra, del siglo IX, que basa su filosofía en Filón y Plotino, Porfirio y Proclo; el excelso judío malagueño Avicibrón, que en el XI recoge esta tradición alumbrando el rico manantial del neoplatonismo medieval y renacentista; y el rabino Abensadic, que también lee a Platón en el XII, quizá por los años en que El Idrisi, geógrafo de Málaga iba siguiendo las huellas de Estrabón.

En 1236 es conquistada Córdoba; pocos años más tarde Jaén, Sevilla,

Huelva, Cádiz; en 1410, Málaga; en 1489, Almería; en 1492 Granada. La vida y cultura andaluza se convierten poco a poco —cambiemos de metáfora— en un recio, no siempre bien tramado tejido —un apretado haz, diría la retórica de hace cuarenta años— a que asoman cambiantes mil fibras o venas o vetas diversas y bien visibles en el hombre de hoy. Elementos celtibéricos, o tartésicos si ustedes quieren, que nos conforman reciamente para bien o para mal; los primeros rasgos semíticos venidos de Fenicia y Cartago en lucha con el empuje de Grecia y Roma; restos probablemente de ese mal conocido, patético, un poco absurdo pueblo vándalo que pasó fugazmente por aquí legándonos su nombre; lo que haya podido permanecer de los Visigodos que les ahuyentaron; toda la gran oleada árabe y beréber que tales y tantas huellas dejó; la impronta del pueblo hebreo en diáspora; algún pasajero influjo del Oriente bizantino; y, desde la conquista, aires medievales del Mediterráneo, aires castellanos y montañeses de la repoblación, aires cortesanos del funcionariado y la milicia de Austrias y Borbones, aires ultrapirenaicos y trasatlánticos: franceses o ingleses que van llegando en son de amable amistad, al olor del pingüe comercio o al redoble del tambor guerrero; suecos y finlandeses que se tumban al sol de Torremolinos o Marbella. ¿Quedará, en esta compleja mezcla de aportes culturales y humanos de todo tipo, algo en 1980 de la Turdetania y Bérica clásica? Me atrevo a sugerir que sí.

Voy a intentar, como remate de una ponencia ya demasiado larga, rashear, brevemente y sin pretensión de infabilidad, alguno de estos hilos o retoños ancestrales que, en ocasiones apenas entrevistados, aparecen y desaparecen calidoscópicamente en la coloreada trenza o el multicolor, frondoso árbol que es la compleja Andalucía actual. Y lo haré en el único campo de que entiendo algo, en el de la Literatura de los seis últimos siglos, con algunas tímidas y marginales derivaciones hacia otras artes que me son menos familiares.

En primer lugar, la veta erudita, vigorosa en tiempos de un Humanismo clásico español que prometía más de lo que dio, fatigada y amanerada a partir de, pongamos, 1650. Y, dentro de ella, una tendencia menor alegórico-dantesca que entronca en definitiva con los intérpretes homéricos de la escuela de Pérgamo y trae el sello genial de Alighieri un poco desdibujado en nuestras tierras. Por este sector vamos desfilando a Micer Francisco Imperial, oriundo de Italia, pero vecindado en Sevilla; Ruy Pérez de Ribera, vecino de la misma ciudad y seguidor suyo; el cordobés Juan de Mena, traductor de un resumen de Homero, influido por Virgilio y Lucano, latinizante y prebarroco; el probablemente ecijano García Sánchez, procedente y apellidado de Badajoz, loco de amor en sus últimos días; y Juan de Padilla, monje de la

Cartuja sevillana, que intenta con mediano éxito la cristianización de la *Divina Comedia*.

Pero no siempre pasaba por Dante el meridiano humanístico andaluz. Fernando de Córdoba viaja, como tantos estudiosos de todas las épocas con dirección a Francia e Italia, donde oye a Lorenzo Valla, es protegido por el cardenal Bessarion y escribe un libro platónico-luliano; el lebrijense Antonio de Nebrija enseña en Salamanca y Alcalá, es el primero, según su propia expresión, en abrir tienda de latín por estas tierras, revisa la magna Poliglota de Cisneros, da a las prensas, con su *Gramática castellana*, el primer estudio sistemático de una lengua romance en el año clave de 1492; el cordobés Fernán Pérez de Oliva pasa también por las Universidades extranjeras de renombre, ocupa luego el rectorado de Salamanca, traduce a los trágicos y cómicos, es buen latinista aunque intencionadamente guste de dar prestigio al castellano utilizándolo en sus obras, tiene incluso visos de hombre de ciencia como en sus atisbos magnéticos o sus consideraciones sobre la posibilidad de una canalización del Guadalquivir hasta Córdoba; Juan Goinés de Sepúlveda, natural de Pozoblanco, se expresa en magnífico latín ciceroniano, es cronista de Carlos V, polemiza con Las Casas sobre la cuestión de los indígenas americanos.

Porque, entre tanto, ya hacia 1525 hallamos establecido en Sevilla al cordobés Hernando Colón, hijo natural del almirante, fundador de la Biblioteca Colombina, historiador muy estudioso, cuyo amigo el sevillano Pedro Mexía se cartea en la lengua del Lacio con Erasmo y Vives, historia el reinado del Emperador al modo clásico y compone diálogos platónico-lucianos.

Muy joven era por entonces el que iba a ser humanista completísimo Diego Hurtado de Mendoza, granadino, eminente poligloto, que combinó sus actividades intelectuales, como la crónica de la guerra de los moriscos o sus muy acabadas poesías, con las embajadas en Roma y Venecia, ciudad esta última en que recogió incansable la preciosa colección de manuscritos clásicos que aún conservamos con orgullo. Si no se nos tildara de abusivos, incluíríamos en el catálogo a alguien que se llamó hispalense, porque su ciudad natal, Fregenal de la Sierra, pertenecía entonces, no ya hoy, a Andalucía: el singular e inteligentísimo Benito Arias Montano, poeta latino y notable escritorista a cargo de quien corrió la edición de la Poliglota de Amberes. Y nadie nos reprochará que nos acordemos aquí de Sebastián Fox Morcillo, sevillano, quien de no haber muerto tan tempranamente, pudo haber profundizado en la brillante senda de armonización de Platón y Aristóteles a que se arriesgó.

En 1559 llega a Sevilla otro pariente del descubridor, un bisnieto, Alvaro Colón, conde de Gelves, y funda allí una tertulia humanística en competencia con la celebrada del duque de Alcalá. Y a una o a otra o a las dos acuden ingenios humanísticos tan ágiles como los del famoso Juan de Mal Lara; su concuñado Diego Girón; aquel jocundo imitador de Marcial que fue Baltasar del Alcázar; el divino Fernando de Herrera, filólogo además de eximio poeta; Francisco de Medina, traductor de Propercio; el jerezano Francisco Pacheco, canónigo y gran animador de sus amigos escritores; su sobrino igualmente llamado, el conocido pintor, suegro de Diego Velázquez; el aristócrata, editor y polígrafo Gonzalo Argote de Molina y algunos personajes que más o menos arbitrariamente adscribiré a otras vetas. Y como muchos de ellos mantenían academias literarias a que acudían en reciprocidad los anfitriones del día anterior, la Sevilla del siglo XVI fue una verdadera Atenas o Florencia literaria de un tono algo menor si se quiere. Sin que le fuera a la zaga Córdoba, con sus Ambrosio de Morales, nacido en la casa de los Sénecas y tratadista de las antigüedades hispánicas con atisbos de Epigrafía y Numismática bien orientadas, y Pablo de Céspedes, amigo de Pacheco el joven y autor del meritorio poema sobre el arte de la pintura.

Pero el Renacimiento español, en Andalucía como en Castilla, se agotó pronto. Todavía tenemos en último rebullicio alrededor precisamente de las ruinas de Itálica, por las que se interesó de modo especial, incluso con trabajos de verdadera importancia científica, el poeta y erudito Rodrigo Caro, de Utrera, perteneciente a una generación posterior a la citada en que Pacheco el sobrino mantenía la tradición académica sevillana con contertulios tan ilustres como Rioja, probablemente Velázquez y, de modo epistolar, Quevedo. Como dijo bien Gallardo en frase recordada por García y Bellido, *en Sevilla se sabía entonces más que en Madrid*. Y la antigua ciudad, con su evocador y romántico encanto, encontró en seguida quien la cantase. Francisco de Medrano, por ejemplo, a quien luego volveré:

*Estos de pan llevar campos ahora
fueron un tiempo Itálica; este llano
fue templo; aquí a Teodosio, aquí a Trajano
puso estatuas su patria vencedora . . .*

Y Fernández de Andrada:

*Casi no tienes ni una sombra vana
de nuestra grande Itálica y esperas.
¡Oh, error perpetuo de la suerte humana!*

Y el propio Caro en su archiconocida canción a Fabio. Y Francisco de Rioja:

*Estas ya de la edad canas ruinas
que aparecen en puntas desiguales,
fueron anfiteatro y son señales
apenas de sus fábricas divinas.*

Y el también sevillano, buen latinista, Pedro de Quirós:

*Itálica, ¿do estás? Tu lozanía
rendida yace al golpe de los años...*

Hasta aquí el brillante siglo XVI. El XVII añade poco a este esplendor. Cristóbal de Monroy, de Alcalá de Guadaíra, compila un epitome de historias de Troya; el sevillano Nicolás Antonio pone en nuestras manos el tesoro bibliográfico que todos conocemos; en el XVIII, el malagueño marqués de Valdeflores ataca bravamente el tema de los alfabetos prerromanos de España; y el cortejo se cierra con el pintoresco abate utrerano José Marchena a quien volveremos a encontrar, amigo de Robespierre y de Murat por una parte y falsificador de Petronio y de Catulo por otra.

Los frutos andaluces de la veta épica, mediocre seguidora de Homero y el Virgilio de la *Eneida*, no son extraordinarios: hay quien, como el sevillano Alonso Hernández en el siglo XVI y el gallego, pero granadino de adopción Francisco de Trillo y Figueroa en el XVII, tomo como héroe mítico al Gran Capitán; o quien, como Luis Barahona de Soto, de Lucena, o el antequerano Pedro de Espinosa, sigue a Ariosto con gotas o no de clásicos como Ovidio; o quien, como el cordobés Juan Rufo, se entusiasma con don Juan de Austria. El más ambicioso monje sevillano Diego de Hojeda consagra su canto nada menos que a Cristo, como a primeros del XIX su paisano Félix José Reinoso imitará sin éxito el gran poema de Milton sobre Adán y Eva. En cambio, el sevillano Luis Belmonte, en el XVIII, no se atreve ya a escribir una epopeya, sino una comedia sobre las aventuras de Ulises; y es sintomático de la época final (entre el XVIII y XIX) de estos poco logrados intentos que la tendencia se extinga con el acaramelado, insufrible poema *Adonis* del granadino José Antonio Porcel. Luego vendrá, en el campo de la pintura, la floración decimonónica de los cuadros de historia, en que descuellan entre tantos, con temas y alturas muy distintos, el sevillano Eduardo Cano o el onubense Daniel Vázquez Díaz; pero éste es ya otro cuento muy diferente.

Junto al poema, la tragedia o drama. La calidad aquí es rara vez buena:

distingamos, si les parece, entre tanto material poco atractivo al granadino Francisco Martínez de la Rosa con su meritorio *Edipo* y a nuestro contemporáneo el gaditano José M.^a Pemán, excelente adaptador de Esquilo y Sófocles. El resto es bien conocido: los sevillanos Juan de la Cueva, también miembro de aquellas academias, y Diego Jiménez de Enciso; los cordobeses el ya citado Fernán Pérez de Oliva y mucho más tarde Dionisio Solís; el guadijeño Antonio Mira de Amescua; el malagueño Francisco de Leiva; el parodista granadino José Vicente Alonso; el chichlanero Antonio García Gutiérrez, en el que a veces asomaba la túnica clásica bajo la capa romántica; y el gaditano, luminoso y castellarino Emilio Castelar. Este último escribió un *Nerón*: los demás temas son los de siempre. Anfitrión, Ayante, Electra, Orestes; Mucio Escévola, Virginia, Cleopatra... Mira de Amescua tiene la originalidad de enfrentarse con el patético general bizantino Belisario; Jiménez de Enciso, la de introducir el episodio del príncipe don Carlos en la órbita de la tradición sobre Hipólito y Fedra.

Y ahora, el filón más importante de esta mina, la veta clásica que, de una manera algo tortuosa, podríamos enraizar en una débil noticia de los presocráticos, un auténtico culto a Sócrates como el que, sagazmente estudiado por José Antonio Maravall, se extendió incluso durante la Edad Media y, a partir del gran maestro, el platonismo, del que hemos visto muestras en Andalucía; el epicureísmo, más teórico que práctico por lo regular, y la línea cínicos-estoicos-Cicerón-Horacio que desemboca en el Séneca prosista del que el buen libro de Blüher ha hallado rastros, por ejemplo, en Herrera, Medrano y Andrada. Admiración inmensa, claro está, hacia Virgilio y, en el caso concreto de Luis de Granada, conocimiento muy profundo de Cicerón y Quintiliano como modelos de Retórica eclesiástica. No es mal bagaje literario.

Así, en el espléndido siglo XVI andaluz, Vicente Espinel, de Ronda, *buen latino*, novelista picaresco y traductor de Horacio; Francisco de Medrano, sevillano, perfectamente estudiado por Dámaso Alonso, que mezcla elementos platónicos, estoicos y epicúreos —*tales mezclas son posibles*, dice Dámaso, en *la contradicción en que se enreda todo hombre*, en *la agonía en que, entre espíritu y carne, se debate siempre un hombre cristiano*— y hace del amado pago de Mirarbueno su horaciana finca sabina

*—este rincón de todos los del suelo
me place más, do brota la primera
y la rosa postrera;
do siempre es uno el cielo,
do siempre es primavera—;*

su coetáneo y paisano Andrés Fernández de Andrada, autor de la *Epístola moral*, en que halla Alonso frecuentes retratos del viril sabio estoico

— ni el nombre de varón ha merecido —,

ecos horacianos

— busca, pues, el sosiego dulce y caro —

y, como decíamos, la inevitable memoria de Itálica caída; Francisco de Rioja, al que llegan efluvios de Epicuro a través de Ausonio, como también a Rodrigo Caro a quien antes se mencionó.

He tenido la paciencia de repasar los tres gruesos tomos consagrados por don Marcelino a Horacio en España: allí están, de los que antes resalté como eruditos, Mal Lara, Girón, Alcázar, Herrera, Medina, Pacheco el sobrino; de los "épicos", que señalé, Barahona de Soto y Espinosa; de los dramáticos, Cueva y Mira de Amescua; Espinel y Medrano, claro está; Arguijo, a quien he reservado para más tarde; y dos sevillanos ilustres, Gutierre de Cetina y Mateo Alemán. ¿Hay quien dé mas? ¿Qué lástima de Renacimiento español tan pronto frustrado?

Y que no sólo se plasma en las Letras recuérdense, si no, la maravilla granadina del palacio de Carlos V, obra de un toledano, Pedro Machuca, que había bebido sin duda mucha agua del Genil, y, en esta misma ciudad que nos acoge, los portentos clásicos de los tres Hernán Ruiz, burgaleses acordobesados que erigieron aquí nada menos que la catedral interior y la airosa torre de la antigua mezquita y el palacio de los Páez, en que ahora está el Museo, y, en Sevilla, el Hospital de la Sangre; y, algo retrasados, el retablo de San Isidoro del Campo, vecino a la italicense Santiponce, en que campea el auténtico clasicismo de Juan Martínez Montañés, de Alcalá la Real, y las Minervas, Martes, Bacos, Menipos y Esopos del genial sevillano Diego Velázquez y, frente a la hinchazón entre gongorina y berninesca del cordobés Juan de Mena y el antequerano Pedro Roldán, la mesura relativa de los granadinos Alonso Cano y Pedro de Mena y las gráciles figuras casi tanagrescas de la Roldana.

Porque también se han filtrado por estas tierras en épocas muy tempranas las dos corrientes de la Grecia tardía que yo llamaría teocritea y licofrono-calimaquea: la primera estaría representada, pongamos por caso, por el sevillano Juan de Arguijo, con sus bellos, delicados sonetos cuyos temas mí-

ticos serían dignos de la *Antología Palatina*; la segunda, injertada en el Seneca ampuloso de las tragedias (recuérdese a Juan de la Cueva) y el Lucano barroquísimo de la epopeya, por los poemas asombrosos del cordobés Luis de Góngora, el colorido del pintor y poeta sevillano Juan Martínez Jáuregui, traductor de la *Farsalia*, y el preciosismo elitista del *Paraíso cerrado para muchos, jardines abiertos para pocos* del granadino Pedro Soto de Rojas. Tendencia un tanto descoyuntada a veces que en España se agota pronto, pero traspasa las fronteras y se enraiza en Mallarmé y el surrealismo de Breton y Apollinaire para volver a nuestras tierras en el genio de Luis Buñuel, el gaditano Rafael Alberti, Salvador Dalí y Miguel Hernández.

En los finales del XVII y en el XVIII, nuestro Humanismo es tan sólo un recuerdo y el jardín literario por el que hemos paseado se nos muestra un tanto mustio en lo que toca a esencias clásicas. Frente a algún otro admirador de Virgilio, como su traductor el sevillano Félix María Hidalgo, que vive ya la guerra de la Independencia, el horacianismo un poco epigonal sigue imperando. Aquí cita Menéndez Pelayo, con los ya mencionados Dionisio Solís y Alberto Lista, al granadino Francisco Javier de Burgos, a un cordobés duque de Rivas que no ha llegado aún al romanticismo, a un sevillano Gabriel García y Tassara que viene ya de vuelta y a otros desconocidos (Francisco Lozano, de Sevilla; Vicente Fontán, de Cádiz; Luis de Herrera, de Cabra; Francisco de Paula Ureña, de Jaén) o poco conocidos, como el prolífico sevillano Juan Gualberto González.

Pero, entre tanto, en Europa se ha producido ya hace tiempo un fenómeno singular que a España llegó pronto para no florecer lujuriantemente sino en siglos tardíos. Hablo, claro está, del increíble éxito de las *Anacreónticas* publicadas en 1554 por Enrique Estéfano, logrados especímenes de un muy trabajado y sensiblero arte menor de la Antigüedad tardía. Ya en 1570, al volver de las Indias a Sevilla, conoció Gutierre de Cetina la novedad y la imitó. Poco después de 1609, Góngora, que había tenido ocasión de leer la traducción y comentario inéditos de Quevedo, arremete contra él

— *Anacreonte español, no hay quien os tope
que no diga con mucha cortesía
que, ya que vuestros pies son de arropía,
vuestras melosidades son de arrope* —;

y en el XVIII la lista de seguidores del pseudo-Anacreonte es infinita. Hablaré aquí solamente del gaditano José Cadalso, al que he llamado un poco en broma “nacionalizador” de la anacreóntica porque introduce en sus odas

los vinos de Málaga y Jerez; otros prerrománticos como el osunés Arjona, de que hablaré al final, y Alberto Lista; un canónigo de esta ciudad, don José Francisco Camacho, que publica un gracioso engendro, *Las odas de Anacreonte... cristianizadas para recreo de los ingenios católicos*, y, muy tardíamente, el romántico Martínez de la Rosa y aun el postromántico sevillano Gustavo Adolfo Bécquer. Casi nadie dejó, pues, de entonar sus mejores o peores endechas en honor del niño Cupido y el viejo y beodo Dioniso.

Avancemos ahora un par o tres de decenios y ya estamos frente a lo que yo llamaría la veta auténtico-intuitiva de lo clásico. Rara dualidad. Estos artistas, que han nacido y vivido en la mayor decadencia de las Humanidades profesionalmente entendidas en España, sabían todos ellos muy poco latín y apenas nada de griego, lenguas que ninguna Universidad enseñaba bien entonces; y, sin embargo, resultan esplendorosos paradigmas de Humanismo.

Gracias, en el caso del egabrense don Juan Valera, a que la marquesa de Bedmar fue su amoroso mentor en una y otra lengua capacitándole para traducir ágilmente el bello *Dafnis y Cloe*; rastrear de lejos el ideario platónico en *Asclepigenia*, exhortar y animar sin éxito a Menéndez Pelayo para que se dedicara a estudios grecolatinos y calibrar bien a Unamuno siendo vocal del Tribunal que le adjudicó la cátedra de Salamanca. En el epílogo de *Pepita Jiménez*, el templete griego que los amantes se han contruido ofrece la interpretación pictórica de la fábula de Amor y Psique y la citada historia pastoril de que tanto gustó siempre el enamorado diplomático, a quien vemos recurrir a ella en la descripción de los escarceos, probablemente no muy platónicos, con tal o cual actriz francesa.

Y, porque alguna vez lo he contado, no quiero aburrirles más con las historias de cómo el granadino Angel Ganivet, derrotado en otras oposiciones por don José Alemany, derivó hacia la diplomacia y el fecundo ensayismo dando muestras quizá no exactamente de estoicismo, como suele decirse, sino, en opinión de Miguel Olmedo, de un anacrónico cinismo que, según suele ocurrir en casos tales, derivó hacia el nihilismo y el amargo fin en las frías aguas del Dvina.

Otros escritores apenas nos ofrecen sino pinceladas, eso sí, muy sugestivas. El sevillano Manuel Machado, mejor descrito por Gerardo Diègo —*banderillero de Apolo*— que por sí mismo —*sensual, epicúreo, decadente*—; su hermano Antonio, conocedor, cosa rara en sus días, del *fuego heraclitano*, el empirismo de Demócrito y las aporías de Zenón de Elea; avizorador, en una maña-

na incierto, de la barca de Caronte amarrada junto a la orilla de la vida;
nostálgico

— *bajo tus ramas, viejo olivo, quiero
un día recordar del sol de Homero* —

de una helenidad que sus maestros no supieron darle; el moguerense Juan Ramón Jiménez, que tiene, diríamos, el pudor de la cita clásica apenas entrevista como, en la nebulosa distancia de sus sueños,

el hormigón romano de la ciudad antigua

o el Partenón, sí, pero cosmopolitamente enlazado con el Nilo y las casas de Utamaro; Rafael Alberti, de cuyos atisbos ya hablé.

Y, de modo especial, el sevillano Luis Cernuda, para quien el griego, que desconocía, y el latín, que manejaba mal, fueron siempre la soñada llave de un paraíso cerrado al que no daban acceso grato las malas traducciones castellanas de los clásicos que podían leerse por entonces. Y así, solamente con gran dificultad y a través de hallazgos bibliográficos (la *Antología griega* de Budé), orientaciones amistosas (como la del helenista Bowra, a quien conoció en Oxford) o intermediarios (Schiller, Hölderlin, Shelley) fue acercándose a los grandes modelos (presocráticos, Platón, Teócrito, Virgilio) a quienes habría querido llegar. A veces nos sorprende, como cuando, según ha hecho notar Jaime Siles, escoge como título de uno de sus poemas aquel flojo *animula, uagula, blandula* de nuestro andaluz Hadriano; pero más frecuentemente lo que nos hace es admirarnos con su sobreponerse a la incomunicación respecto a los clásicos para intuirlos más que utilizarlos.

Algo semejante sucede con el granadino Federico García Lorca, seis años mayor que él, verdadero humanista sin estudios. Lo de menos es que haya cantado al animal sagrado de las anacreónticas

— *Cigarra
dichosa tú
que, sobre el lecho de tierra,
mueres borracha de luz* —

o que recoja la leyenda ovidiana de Bóreas y Orintia en su romance bellísimo *Preciosa y el viento*. Hay, en cambio, un hermoso pasaje de Federico que he citado otras veces y que transcribo aquí abreviando algo y sin comentar

nada: Fue por el año 1906... Yo, niño curioso, seguía por todo el campo el vigoroso arado de mi casa. Me gustaba ver cómo la enorme púa de acero abría un tajo en la tierra, tajo del que brotaban raíces en lugar de sangre. Una vez, el arado se detuvo... Un segundo más tarde, la hoja brillante de acero sacaba de la tierra un mosaico romano. Tenía una inscripción que ahora no recuerdo, aunque no sé por qué acude a mi memoria el nombre de los pastores Dafnis y Cloe. Ese mi primer asombro artístico está unido a la tierra. Los nombres de Dafnis y Cloe tienen también sabor a tierra y a amor. Mis primeras emociones están ligadas a la tierra y a los trabajos del campo. Por eso hay en mi vida un complejo agrario, que llamarían los psicoanalistas. Sin este mi amor a la tierra no hubiera podido escribir "Bodas de sangre". Y no hubiera tampoco empezado mi obra próxima. "Yerma".

Ahí sí que estamos viendo, ensangrentadas, manchadas del barro de los siglos, las raíces clásicas de Andalucía. Ahí y, por ejemplo, en el malagueño Pablo Picasso, con sus aguafuertes de *Las metamorfosis* y el estremecedor *Minotauro ciego*, pecador e inocente como Edipo, y *Guernica*, con la mujer horrorizada de la lámpara interrogándose como un coro mudo y el caballo sufridor y la Némesis encarnada en el indiferente hombre-toro de la izquierda; y en la obra clasicísima del gaditano Manuel de Falla.

Ahora permítanme un último salto hacia atrás, casi una cabriola. También Francisco de Rioja, en el ambiente culto y nostálgico de la escuela sevillana, se acuerda de la pérdida Atlántida

— cubre, Antonio, la parte más lucida
del orbe y yace envuelta en alto olvido —

situándola en Salmedina, el islote donde dije al principio que suele localizarse la fortaleza de Gerión de que hablaba Avieno.

Y más de dos siglos después surge una divertida anécdota que tiene por protagonista al poeta Manuel María de Arjona, a quien acabo de citar, canónigo de esta catedral y ciudad en que murió. Arjona había escrito una oda triunfal con motivo de la venida a Córdoba de Carlos IV en 1796; años más tarde tomaron la ciudad las tropas de Napoleón; la abandonaron luego; vino la victoria nacional de Bailén a la que el canónigo dedicó su correspondiente epinicio; regresaron los franceses y a su Ministro de Policía se le ocurrió la malévola idea de hacerle purgar ese crimen con la composición de una tercera oda, que honraría esta vez la entrada en Córdoba de José I en 1810. Y Arjona, ante la situación, tuvo dos inteligentes ocurrencias: el declararse diplomáticamente enfermo, por temor no injustificado a futuras represalias de sus connacionales, y el encargar al listo abate Marchena, a quien tenía aloja-

do en su casa y que políticamente se hallaba ya más allá del bien y el mal, que, pues las circunstancias eran parecidas, desempolvara la vieja canción en honor a Carlos III metiendo en ella alguna alusión de circunstancias, lo menos comprometedor posible, al hermano de Napoleón. Así se hizo; y el canto no es del todo malo. Veamos la parte que afecta a las raíces clásicas de Andalucía:

*Aquí el elíseo campo venturoso
pintó el cantor de la venganza argíva
y Argantonio y Gerión, copia festiva,
aquí gozaron en feliz reposo.
Aquí naturaleza
prodigó sus delicias
por que del mar vencieran la aspereza
púnicas proras, griegas y fenicias
hasta que la fortuna dio al Romano
el confín del incauto Turdetano.*

Avancemos sesenta y tantos años más. En 1876, Jacinto Verdaguer, desde una cabina del trasatlántico de que era capellán; dedica al marqués de Comillas el gran poema catalán *L'Atlántida*, para el que Manuel de Falla iba a componer la música del magnífico oratorio terminado por Ernesto Halfter y estrenado en 1961. En los versos finales, un sabio solitario se apoya en textos de Plinio y Estrabón y sobre todo en la extraña y certera profecía de la *Medea* (375-379) del cordobés Séneca

*— uenient annis
saecula seris quibus Oceanus
uincula rerum laxet et ingens
pateat tellus Tethysque nouos
detegat orbis nec sit terris
ultima Thule —*

para animar a Colón en la empresa, que patrocinará Isabel después de su sueño profético. Una nueva Hesperia se ofrece a España allende las olas que sepultaron la Atlántida.

Estamos, pues, donde comenzamos. En nuestras raíces. Pero ahora no debemos necesitar Coleos ni Colones que nos las descubran. Encontrémoslas nosotros mismos.